

Imagen y discurso de la representación religiosa del Sagrado Corazón de Jesús¹

Image and discourse of the representation of the Sacred Heart of Jesus

*Gabriela Díaz Patiño**

Resumen

El artículo presenta la historia de la devoción e imagen del Sagrado Corazón de Jesús, desde los primeros indicios de su construcción como imagen devocional hasta la consagración de toda la humanidad a dicha devoción en el año de 1899. El propósito de este recorrido histórico es entender la evolución de los sentidos religiosos otorgados a una imagen devocional a lo largo del tiempo desde la óptica institucional; entender las sutilezas de esas transformaciones a lo largo de espacios de larga duración, así como las innovaciones que en el campo espiritual encuentra la institución eclesiástica para reestructurar los usos y funciones de las imágenes devocionales.

Palabras claves: Imagen devocional; Discurso y Sagrado Corazón de Jesús.

Abstract

The article presents the history of the cult and image of the Sacred Heart of Jesus, from the first signs of its construction as a devotional image until the consecration of all humanity to the devotion in 1899. The purpose of this historical survey is to understand the evolution of religious meanings given to a devotional image over time from the institutional perspective, to understand the subtleties of these changes over long-term spaces, as well as the innovations that in the spiritual realm the ecclesiastic institution finds to restructure the uses and functions of devotional images.

Keywords: Devotional images; Discourse and Sacred Heart of Jesus.

A modo de introducción

La imagen y devoción del Sagrado Corazón de Jesús forman parte de un proceso de construcción social que las han convertido en una de las representaciones religiosas más importantes del mundo cultural católico. Este trabajo tiene por objeto mostrar los usos y modificaciones devocionales e iconográficas que la imagen del *Sagrado Corazón de Jesús* ha presentado a lo largo del tiempo. Para ello se han considerando tres momentos que van desde los

* Doctora en Historia por El Colegio de México. Estudios de maestría en Historia en El Colegio de Michoacán, México, y en el Centro Superior de Investigación Científica (CSIC) en Madrid, España. Investigadora en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Correspondencia para/Correspondence to: Gabriela Díaz Patiño, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, Circuito Mario de la Cueva, s. n., Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Delegación Coyoacán, México, D. F. E-mail: <gdpatino@colmex.mx>.

inicios de la construcción doctrinal de la imagen hasta la consagración de toda la humanidad a esta devoción anunciada por el pontífice León XIII en 1899.

Cabe señalar que nuestro objeto de estudio, la imagen y devoción del Sagrado Corazón de Jesús, es considerado en este trabajo como una expresión simbólica integrada a un sistema religioso, en este caso el catolicismo. Desde esa perspectiva intentamos desentrañar sus significados. Pero al mismo tiempo consideramos a las representaciones religiosas en general como objetos contruidos históricamente y en función de la legitimación de poderes e intereses de grupo, en este caso la institución eclesiástica, que se mantienen como parte de sistemas que inciden en la realidad social.

En ese sentido, el punto de partida es que la Iglesia católica ha hecho uso de símbolos, ceremonias y ritos para “multiplicar y reforzar una dominación efectiva” de su poder de influencia en diversas sociedades.² La creación de las representaciones sociales, en este caso la imagen y devoción al Sagrado Corazón de Jesús, conlleva la construcción de mecanismos de persuasión, dominación y sumisión, a través de los cuales los miembros de las sociedades se creen realmente representados. Sin embargo, como menciona Baczko “los imaginarios sociales no funcionan aisladamente sino relacionados, con diferencias y variables, con otros tipos de imaginarios, confundiéndose a veces con ellos y con su simbolismo.” En ese sentido, Félix Báez-Jorge sugiere que las expresiones simbólicas se presentan como fenómenos integrados a diversos planos de la realidad social (Báez-Jorge, 1999, p. 27). Desde esa perspectiva podemos entender que las representaciones sociales y las imágenes y los símbolos sobre los cuales se construyen esas representaciones pueden ser apropiados y resignificados en función de los intereses de quienes las crearon y de quienes las reciben.

El corazón en el sistema religioso del catolicismo

En primer lugar debemos tener presente la forma en la que el catolicismo expresa su relación con lo divino, la manera en la que vive la religiosidad con sus prácticas tanto individuales (devociones personales, oraciones, etc.) como colectivas (culto y rito litúrgico, procesiones, etc.), fundamentadas en una “religiosidad oficial y popular”, que tiene como objeto último, dentro de la cosmovisión cristiana, adquirir conciencia de la existencia de Dios al interior del

espíritu. Bajo esta perspectiva y dentro de la tradición cristiana el corazón humano, identificado con el espíritu, siempre ha sido símbolo de amor carnal o místico; se considera al corazón como sede de las facultades espirituales, es decir, el lugar en donde se reúnen los sentimientos, en particular el amor, pero también la voluntad (la opción libre del bien y del mal), en síntesis en el corazón se encierra el mundo emotivo y pasional (Ancilli, 1987, p. 487-492; Lacorte, 1998, p. 231-232).

Simbólicamente el corazón ha sido siempre objeto de representación. En el catolicismo el altar mismo, la zona más sagrada dentro del templo católico, representa el corazón de Cristo, como punto central a partir del cual irradian todos los componentes arquitecturales y espirituales. Esta posición central del altar en el lugar mismo del corazón determina, desde la cosmovisión cristiana, su función en la vida espiritual del individuo, así como en la de la sociedad (Hani, 1997, p. 105-107). Asimismo, desde los inicios de la Iglesia católica el principal misterio cristiano, la Eucaristía, ha sido objeto de múltiples representaciones en imágenes y en símbolos que han terminado por relacionarlo con el corazón de Cristo.³

Así pues, el corazón ha participado del imaginario cristiano de una manera significativa. El catolicismo construyó una espiritualidad ligada específicamente al corazón. Las vivencias místicas que divulgaron miembros de varias órdenes religiosas masculinas y femeninas en distintos momentos de la historia del cristianismo señalaban el corazón propio o de Jesucristo como parte central de las exaltadas experiencias.⁴ Con relación al corazón de Jesús en particular, desde los inicios mismos del cristianismo hasta la actualidad su presencia es una constante en las demostraciones piadosas de los cristianos.

Primer momento: De la llaga del costado a las primeras representaciones del corazón sagrado

Los precedentes de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús pueden buscarse muy lejos.⁵ Pero con mayor precisión podemos establecer que de la antigua veneración a *las cinco llagas*, y en especial a *la llaga del costado*, se deriva el posterior culto al corazón de Cristo.⁶ Las heridas que recibió Jesús al ser elevado en la cruz en el monte Calvario fueron, desde los primeros tiempos del cristianismo materia de devoción para los cristianos. Sin embargo, no es sino

hasta finales del siglo XIII con un movimiento de renovación religiosa en la Iglesia católica de occidente, que se dio un gran impulso a la devoción de la Llaga del Costado.

Desde fines del siglo XIII, en el occidente medieval se produjeron importantes cambios en la sensibilidad religiosa. Esos cambios se debieron principalmente a la aparición de las órdenes mendicantes, en cuyos miembros nació el ideal de reformar a la Iglesia volviendo a las prácticas de los primeros cristianos. El núcleo central de la espiritualidad que practicaron las nuevas órdenes regulares fue el *crisocentrismo*, la humanidad de Jesús rigió la piedad de la época, siendo su vida ejemplo y guía para el encuentro con Dios. Se pretendió extender esa espiritualidad más allá de las iglesias y monasterios y se llevó a cabo una expansión de la devoción individual. Se dice que la vida monástica invadió las calles porque la cultura de la oración se difundió en la vida cotidiana de los fieles cristianos. Aparecieron los rituales religiosos, se dio la transformación de la cruz en crucifijo favoreciendo la contemplación de la humanidad de Cristo, e hizo su aparición la *imago pietatis*, es decir, la producción de imágenes especiales para acompañar la oración (Sigaut, 2000).

Se desarrolló una intensa actividad mística y ascética en los monasterios, centrando la piedad individual y colectiva en cuatro devociones fundamentales: las cinco llagas, las insignias de la Pasión, el Santo Nombre de Jesús y finalmente el propio Corazón de Jesús. Hubo un intenso recorrido hacia la interiorización de las prácticas cristianas, proceso apoyado por esa nueva espiritualidad en que los sacramentos, especialmente la Eucaristía se manejaron de otra manera (Moroto, 2000, p. 70).

Las primeras referencias literarias relacionando la herida del costado de Cristo con su corazón provienen de San Bernardo; para él tanto la Iglesia como el alma individual habitaban “con perfecta devoción en las llagas de Cristo”:

Los clavos, las llagas, nos recuerdan que verdaderamente Dios ha reconciliado al mundo consigo en Cristo. El hierro penetró su alma y llegó hasta su corazón, para que pueda saber lo que es tener compasión de mis debilidades. El secreto del corazón se ha manifestado a través de las aperturas del cuerpo; allí se nos ha manifestado el gran misterio de su gracia (Graef, 1970, p. 173).

Producto de esta transformación espiritual fue también una serie de obras ascéticas que presentaban al corazón de Jesucristo no sólo como parte del

cuerpo herido por la lanza en el Calvario, sino como centro y foco del Amor Redentor. En el siglo XIII apareció el tratado titulado *Visitis mystica*, atribuido a San Buenaventura. A fines del mismo siglo, santa Gertrudis y santa Matilde testificaban en los libros *Legatus divinae pietatis*, *Exercitia spiritualia septem*, y en el *Liber specialis gratiae*, las primeras manifestaciones sobrenaturales, que contribuirían más tarde al conocimiento, propagación y confirmación de la devoción al Corazón de Jesús (Urrutía, 1961, pp. 50-52).

A partir de estas primeras obras, en donde se hace referencia a la humanidad sufriente de Cristo y en consonancia al corazón sangrante y hasta bien entrado el siglo XV esa espiritualidad cristo-céntrica se difundió extensamente. Muchas de las órdenes religiosas participaron en la maduración, se puede decir casi imprevista, de la devoción al corazón de Cristo aportando cada una elementos particulares de su orden. Contribuyeron principalmente a esta difusión, al lado de las antiguas órdenes de benedictinos, cistercienses y cartujos, las recién fundadas en aquella época de trinitarios (1198), franciscanos (1209) o dominicos, agustinos, carmelitas, mercedarios, entre otras, fundadas entre 1216 y 1256 (Moroto, 2000, p. 33). La devoción continuó teniendo un carácter preferentemente místico, sin embargo, en el siglo XIV se introdujeron elementos de culto externo. Los dominicos, por ejemplo, celebraban una fiesta en honor de la llaga del Costado el viernes que sigue a la octava del Corpus (Moroto, 2000, p. 142-144).

En términos de representación artística, los primeros acercamientos en la imaginería referentes al corazón sagrado de Cristo las encontramos hacia el siglo XIII, como respuesta al surgimiento de esta nueva piedad cristiana de la que hemos hablado. Aparecieron una serie de tipos iconográficos, que son más bien meditaciones plásticas sobre la Pasión. Tales son los temas de Cristo como Varón de Dolores, la Piedad, el Llanto sobre Cristo difunto, Cristo meditando antes de la crucifixión, el culto de las Llagas y la representación de Juan reclinando la cabeza sobre el pecho de Jesucristo.⁷

Hasta el siglo XIII no se observan más que imágenes de la Llaga del Costado, o representaciones de la Pasión. Con relación al Sagrado Corazón hay algunas representaciones anteriores cuyo origen y motivos no son del todo claros. Tal es el corazón que en 1139 hizo poner en su escudo, junto con las cinco llagas, el rey Alfonso Enríquez de Portugal. Mucho menos clara es la

representación de dos corazones, uno al lado del otro, que el rey Fernando de Portugal tenía en su escudo, entre los años 1367-1387, con la inscripción: *Cur non utrumque?* (¿Por qué no los dos?) (Estudios Teológicos sobre los Sdos. Corazones/Sociedad teológica de los Sagrados Corazones, 1958, p. 354).

Hacia el siglo XIV todavía se representaban con bastante frecuencia las cinco Llagas reunidas, se esculpían y pintaban imágenes relacionadas con la pasión de Cristo o emblemas de órdenes. El historiador L. Charbonneaux-Lassay menciona que por lo menos desde el siglo XIV en los muros de los claustros e iglesias, en las tumbas y en los muebles se esculpieron algunos blasones con la representación de los suplicios de la pasión: la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión y la apertura del Corazón de Jesús con la lanza. También menciona algunos moldes de joyas del siglo XIV y algunas insignias de peregrinaje y de cofradía de los siglos XV y XVI (Estudios Teológicos, 1958, p. 79). Todo ello indica la extensión que se va dando de la imagen cardíaca.

En el año 1492, el sultán Bayaceto regaló al Papa Inocencio VIII una parte de la supuesta lanza del centurión Longinos, y este hecho hizo que en las representaciones de las llagas de Cristo el corazón apareciera con la punta de la lanza hundida en él. A partir de entonces la abertura del costado se relaciona más claramente con la abertura del corazón. Aunque las escrituras no mencionan de qué lado fue herido Jesús⁸, la tradición iconográfica lo identificó inicialmente con el derecho. A medida que la devoción al Sagrado Corazón tomó forma, empezó a representarse del lado izquierdo del pecho (alrededor del siglo XV), aludiendo al corazón de Jesús. (Cuadro n° 1)

Segundo momento: de los emblemas del Corazón al Corazón de Cristo atormentado

La devoción al Sagrado Corazón originó, en el siglo XV, la representación de corazones aislados, que ostentaban, generalmente, coronas de espinas, llaga y cruz. En muchos casos, la representación de un corazón era un simple motivo heráldico, o bien significaba el corazón del propio fiel, por ejemplo en los distintivos de alguna orden religiosa, como la de la Visitación de San Francisco de Sales. La llaga en el costado es uno de los indicios más seguros de que se trata del Sagrado Corazón de Jesús.



Cuadro n° 1: Proceso evolutivo de la devoción al corazón de Cristo. De la Llaga del costado a las primeras representaciones del Corazón Sagrado.

Durante los siglos XVI y XVII persistieron los elementos simbólicos de los siglos anteriores: el corazón de Cristo con las insignias de la Pasión, el crucifijo, Jesús niño, todos principalmente como parte de emblemas de órdenes religiosas. La recién fundada orden de San Ignacio, conocida como la Compañía de Jesús, desde sus inicios se identificó emblemáticamente con imágenes del corazón. (Véase Cuadro n° 2)



Cuadro n° 2: Emblemas del corazón, Siglo XVI.

En el siglo XVI, Colonia se hizo el centro de la vida devocional en Alemania. Fue allí donde Justo Landsberger (1489-1539) escribió el libro *Pharetra Divini Amoris*, en el cual trata ampliamente de la devoción del Sagrado Corazón. Gracias a esta obra se dieron a conocer por toda Europa las revelaciones de Santa Gertrudis. Asimismo, por los Cartujos de Colonia fue como San Pedro Canisio, doctor de la Iglesia, se inició en la devoción y comenzó a propagarla.

De esta forma, en el siglo XVI la devoción, convertida en devoción ascética es mucho más activa dentro de los monasterios. Surgió asimismo un periodo de misticismo conventual femenino en donde las visiones del corazón humano o de Cristo fueron recurrentes. En el siglo XVII la devoción, ya constituida en el siglo anterior, se propaga universalmente a través de la publicación de libros o difusión de prácticas de devoción al Corazón de Jesús.

En las primeras décadas del siglo XVII, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, extendida principalmente en los ambientes claustrales, encuentra otros lazos que le permiten afianzarse más a la vida religiosa del mundo occidental. Por una parte, el movimiento de Reforma exigió a la Iglesia católica una renovación de la vida cristiana estimulando al hombre, fuese cual fuese su estado de vida, a un acercamiento con Dios, promoviendo una espiritualidad más activa. Y por otra parte, la Compañía de Jesús, en su afán por restablecer las bases doctrinales de la Iglesia católica tan afectadas en ese momento, diseñó un programa de renovación espiritual que consistía en dirigir sus enseñanzas tanto a seglares como a religiosos y fomentar la práctica devocional centrada en las imágenes de Cristo y María, particularmente en los Sagrados Corazones, ya que encuentran una afinidad profunda entre la devoción del Sagrado Corazón de Cristo y el proyecto de espiritualidad ignaciana.

A partir de este momento se establece con mayor precisión el sentido teológico de la devoción. Se plantea de entrada la reconciliación de Dios con la humanidad a través de los sufrimientos de Jesucristo. En términos de doctrina cristiana, el corazón de Cristo representaba la unión del hombre con Dios a través del amor mutuo. Este periodo quedó marcado particularmente por una fuerte tendencia hacia la renovación de la espiritualidad católica, afectada profundamente por la Reforma.

Los principales autores que sentaron las bases de lo que podría llamarse, siguiendo a Michel de Certeau, una “nueva espiritualidad” fueron: Francisco de Sales, el cardenal Pierre de Bérulle y san Juan Eudes (Vilanova, 1989, p. 764). Todos ellos tienen en común, además de dirigir sus enseñanzas espirituales tanto a seculares como a religiosos, fomentar la práctica devocional centrada en las imágenes de Cristo y María, particularmente en los Sagrados Corazones. Influyeron profundamente en los orígenes del culto litúrgico de ambas devociones. San Juan Eudes, por ejemplo, celebró por primera vez, el 20 de octubre de 1672, con oficio, misa y letanías propias la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Bajo esta misma perspectiva espiritual, la Compañía de Jesús estableció un programa para reforzar el movimiento de reforma de la Iglesia. Entre 1625 y 1640, esta “nueva espiritualidad” se hizo sentir en el seno de los grandes colegios jesuitas, protagonizada por jóvenes religiosos llevados por el *ardor cordis*. Consideraban que el camino del *affectus*, el cual consistía en mantener la prioridad del “corazón” sobre las acciones externas, exigía una “pureza” preservada del mundo (*immaculatum se cusodire a saeculo*) y una oración más contemplativa que discursiva (*Deo frui*), para estos jóvenes estos principios se encontraban ya en la doctrina ignaciana (Vilanova, 1989, pp. 203-216).

Bajo este contexto podemos afirmar que desde la segunda mitad del siglo XVII la Compañía de Jesús encontró una afinidad profunda entre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la espiritualidad ignaciana. Cuando la religiosa visitandina Margarita María Alacoque dio a conocer sus experiencias místicas, la Compañía llegó a la convicción de que la devoción al Corazón de Jesús era un encargo y una misión para ella y sintió la obligación de propagarla; así, la Compañía comenzó a tener injerencia en la forma de expresar el culto al Corazón Sagrado. Como se menciona anteriormente, por lo menos desde 1620, la representación del corazón torturado es un tema recurrente en la emblemática de los jesuitas.

Habíamos observado que durante el siglo XVII y hasta antes del testimonio de santa Margarita María Alacoque, simbólicamente se representaba al corazón sólo, o bien en medio de los clavos, de los instrumentos de la Pasión o también unido al Corazón de María.

Los elementos que la monja dijo que tenían que formar parte de la imagen del Sagrado Corazón para ser expuesta públicamente se distinguieron de los anteriores, principalmente por solicitar la figura de un corazón humano y no simbólico, lo cual provocaría la pronta oposición jansenista,⁹ debería además encontrarse rodeado de llamas, por los instrumentos de la Pasión, con una ancha llaga, coronado de espinas y dominado por la cruz.¹⁰

A partir de entonces, tanto la devoción como la representación artística del Sagrado Corazón de Jesús, que hasta entonces había sido practicada sobre todo en los ambientes claustrales, se convirtió en una devoción popular. Varios monasterios de la Visitación, principalmente los de Semur, Moulins, Dijon y Paray, comenzaron a delinear las primeras muestras artísticas, tanto para su culto interno como para la difusión entre los fieles. A estos primeros intentos se agregaron otros elementos, por ejemplo, el cuadro que se mandó pintar en Semur, para levantar un altar en honor del Sagrado Corazón, tiene las siguientes características:

[...] el Corazón se encuentra rodeado de ocho llamaradas y atravesado por tres clavos, alrededor de los cuales brotan también llamas; el Corazón está coronado con una Cruz y tiene una ancha herida abierta horizontalmente, que deja escapar gotas de sangre y agua, cuya mezcla forma al lado izquierdo una nube sangrienta. En medio de la anchurosa llaga se lee la palabra CHARITAS. En torno del Corazón hay una corona de nudos entrelazados –y alrededor de ésta otra corona de espinas muy finas y separadas. En estas coronas van enlazados corazones; la corona de nudos encierra quince; pero la de espinas no tiene más que ocho (Yenveaux, 1910, p. 315).

En otro cuadro de Paray se agregan en lugar de dos ángeles en la parte baja, la santísima Virgen a un lado y San José del otro, y entre los dos un alma suplicante:

El Corazón de Jesús, rodeado de rayos y de una corona de espinas, es el centro del asunto. En lo alto el Padre Eterno, rodeado de ángeles, descansa sobre nubes; en una mano tiene el globo terráqueo; con la otra desarrolla una banderola, que lleva estas palabras: Hic este Cor dilectissimi Filii mei, in quo mihi bene complacui, HE AHÍ EL CORAZON DE MI HIJO MUY AMADO, EN QUIEN TENGO MIS COMPLACENCIAS. El Espíritu Santo, en forma de paloma, se cierne sobre el Sagrado Corazón. Más abajo, al lado derecho y sobre nubes, la Santísima Virgen, de rodillas, lo señala con el gesto y con la mirada; estas palabras, trazadas sobre una banderola, parecen salir de sus labios: AMADLE Y OS SALVARA. San José tiene en una mano su azucena, y con la otra señala al dulcísimo Corazón, diciendo: VENID, ESTA ABIERTO PARA TODOS. Una alma suplicante está delante, juntas las

manos, y los ojos elevados con expresión de confianza y amor, muy bien adaptada al rotulo que dice: ESPERO Y ME ENTREGO A EL (Yenveaux, 1910, p. 316).

Para que la devoción al Corazón de Jesús llegase a ser universal y verdaderamente popular, era necesario que se pudiera distribuir con profusión la imagen del divino Corazón. Con este fin se hizo imprimir la imagen en varias naciones. A pesar de varios obstáculos la propagación de las imágenes fue rápida, y ya en vida de Margarita María se extendió de manera importante. En 1726 hallamos una imagen, en un libro del P. Gallifet, en el que la figura de Cristo cargado con la cruz, como en las apariciones de Margarita, está representada con el corazón en la mano, pero esto es solo un caso aislado. En 1729 se encontró otra figura del Sagrado Corazón, esta vez con el corazón netamente aislado en el centro del pecho (Estudios Teológicos, 1912, p. 356). Institucionalmente también se trabajó por extender de forma oficial la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Después de muchas negociaciones, entre la Santa Sede, la Compañía de Jesús y corrientes opositoras a la extensión de la devoción cardícolá, Clemente XIII estableció el 6 de febrero de 1729 la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Es en 1750 cuando, con la famosa representación del Sagrado Corazón de Pompeo Batoni, que figura a Cristo de medio cuerpo, con el corazón en la mano, que ésta forma comienza a adquirir difusión.

La monja Alacoque, junto con la Compañía de Jesús, trabajaron por establecer la devoción de manera pública y social, y que fuera oficialmente reconocida por la Iglesia, con su fiesta anual propia, con misa y oficio; cabe destacar que incluso la religiosa aspiraba a que Luis XIV consagrara a Francia al Sagrado Corazón de Jesús.

La expansión se hace universal. En Portugal se introdujo por el franciscano Jerónimo de Belén, con su obra *Coração de Jesus comunicado aos corações dos fiéis*, publicado en Lisboa en 1731. En España, por el interés que el libro del P. Gallifet despertó en los padres Agustín de Cardaveraz y Bernardo de Hoyos, en esta nación muy pronto la devoción es aceptada y asumida tanto por clérigos como por seglares.

Conviene, ya que estamos hablando de la extensión del culto, adentrarnos en este momento a la difusión de la devoción del Corazón de Cristo en América,

particularmente en Nueva España, en donde todos los elementos artísticos de los que hemos hablado son adoptados por los pintores cardícolos novohispanos.

La devoción llegó a las provincias Españolas por medio de la Compañía de Jesús. Los misioneros que iban a las Provincias y Misiones de América, llevaban y difundían el amor al Corazón de Jesús. Se encuentran en Nueva España, en Nueva Granada, en las riberas del Paraná, como en las de Marañón y en las del Río de la Plata ejercicios de devoción y muchos libros reeditados en España.



Pintura del Sagrado Corazón de Jesús de Pompeo Batoni. (1750)



El Sagrado Corazón de Jesús de Andrés López.

Para el caso específico de la Nueva España, se piensa que ya se conocía y practicaba la devoción al Corazón de Jesús antes de 1732, sin embargo no es sino hasta esta fecha que se tienen noticias palpables de la existencia de esta devoción en territorio novohispano. En esta fecha se publicó el primer texto de la devoción en América por el P. Juan Antonio de Mora, *Devoto culto que debe dar el christiano a el sagrado Corazón de Christo Dios y Hombre...*, la obra está basada en el libro de Joseph Gallifet.¹¹

A partir de este inicio textual, a lo largo del siglo XVIII en la Nueva España se fueron formando las congregaciones dedicadas al Corazón de Jesús, múltiples publicaciones se editaron para propagar la devoción en donde se incluían hermosas imágenes didácticas, se levantaron altares al Sagrado Corazón y en muchos sermones se exaltaba la excelencia de la devoción. Ciertamente, conviene aclarar que este desarrollo devocional no fue exclusivamente obra de los jesuitas, pues además de ellos participaron en su difusión otras órdenes religiosas (Correa Etchegaray, 1998, p. 385).

La salida de los jesuitas expulsados por los Borbones en 1767, lejos de terminar con el culto de las diversas representaciones traídas por la Compañía de Jesús, entre ellas la del Corazón de Cristo, aumentó la adhesión personal de los fieles a estas imágenes. Todas las obras sostenidas y desarrolladas por ellos se vieron afectadas, y aunque, como bien apunta Leonor Correa, el hecho de que la Compañía hubiera sido expulsada no significaba necesariamente que con ellos saliera la semilla de una tradición devocional germinada tanto en los feligreses como en “otros grupos religiosos y de representantes del clero secular” (Correa Etchegaray, 1998, p. 387). Es muy probable que el culto no se manifestara con la misma intensidad. Es por eso que, a lo largo del siglo XIX, cuando la Compañía es restablecida en los territorios americanos de los que es expulsada, hace patente la necesidad de una nueva espiritualidad más intensa y más comprometida, por lo que hace uso de la representación del Sagrado Corazón de Jesús.

Las muestras iconográficas en Nueva España son abundantes. La representación de la unión simbólica entre cuerpo, sangre y corazón a través del sacrificio de la Eucaristía. Justamente mostrar que la Eucaristía se originaba de las heridas de Jesús fue un objetivo de la Contrarreforma, cuyas imágenes subsistieron inclusive hasta el siglo XIX.

Pero antes de pasar a este tema, cabe destacar otro momento importante para la devoción y representación simbólica del Corazón de Jesús. Me refiere al movimiento contrarrevolucionario de Vandée, en Francia. Habían pasado tres años desde el levantamiento el 14 de julio de 1789. En el oeste de Francia (Poitiers, Bretaña y Anjeo), el clero ejercía una fuerte influencia.¹² Habían comenzado las persecuciones en contra del clero, este hecho se extendió sobre todo en los territorios actuales de los cuatro obispados de Poitiers, Anger, Lucon y Nantes (Charbonneau-Lasalle, 1983, p. 29).

Desde principios de 1792, se habían reunido en diversos puntos de Deux-Sevres y de Vendée, grupos de descontentos y habían declarado abiertamente su desaprobación respecto a las medidas promulgadas oficialmente y aplicadas progresivamente.¹³ El 19 de agosto los habitantes de Bressuire se levantaron en armas en contra del nuevo gobierno, pidiendo el restablecimiento del Rey, como único medio para retornar al orden social y a la libertad religiosa.

Se confeccionaron y distribuyeron a los sublevados, como signo de adhesión, *escarapelas reales*. Algunos periódicos locales observaron que algunos miembros de las tropas además de las escarapelas blancas llevaban cruces y rosarios.¹⁴

Dos meses después de la muerte de Luis XVI, el 13 de marzo de 1793, un campesino de Anjeo, Jacques Cathelineau, de Pin-en-Mauges, reunió a veinte campesinos y se alzaron en contra de la República, se colocaron un rosario al cuello y cosieron en el interior de su chaqueta un *Sagrado Corazón*. Al movimiento se unieron cientos de campesinos que se fueron sumando a lo largo de toda la guerra, así como durante la toma de armas de 1815 y la sublevación de los chuanes en 1830. La escarapela blanca y el Sagrado Corazón fueron los signos distintivos e inseparables del combatiente Vendeano (Charbonneau-Lasalle, 1983, p. 32).

Fueron muchos, en el Oeste de Francia, los que murieron por el hecho de llevar o confeccionar insignias con la imagen del Corazón de Jesús. En cuanto Luis XVIII subió al trono restaurado, mando diseñar un Blason con elementos reales y tres corazones coronados por una cruz y la insignia: Dieu et la Roi (Charbonneau-Lasalle, 1983, p. 43).

En síntesis, durante este período el culto al Corazón de Cristo encuentra su mayor expresión gráfica en la representación del corazón humano de Jesús

separado de un cuerpo, sólo, flotando en medio de una nube de llamas, aprisionado por una corona de espinas que rodean un conjunto de angelitos y serafines. Son estas representaciones del Sagrado Corazón en el siglo XVIII, ensangrentadas y sufrientes, las que lo sitúan en un marco de fervor católico que bien podría responder a una serie de crisis estructurales del mundo religioso del momento, reflejadas en imágenes extremas de patetismo y flagelación, exaltando el amor crístico a través de su víscera cardiaca.

Tercer momento: la incorporación del cuerpo de Cristo en el corazón Sagrado

La pérdida del poder de influencia política, económica y cultural que la Iglesia católica presentó a lo largo del siglo XIX, como consecuencia del establecimiento de una concepción más secularizada en todas las esferas de la sociedad, influyó directamente en la expansión de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El temor de la Iglesia católica creció en la medida en que se formó una alianza entre varios gobiernos liberales y las iglesias protestantes.¹⁵ Las políticas liberales contra las expresiones externas del catolicismo y la expansión de la doctrina protestantes obligarían a la Iglesia católica a dirigir gran parte de las estrategias de recuperación hacia un programa de renovación de la piedad cristiana. De acuerdo con la visión de la jerarquía católica, a través de la participación en los actos externos del culto se podía separar a los buenos católicos de los “contaminados por los males seculares” y mostrar a los Estados la permanencia de la institución eclesiástica y del catolicismo. Por eso la Iglesia católica señalaría constantemente la organización del culto como la principal de sus responsabilidades y a tal fin dedicaría muchas de sus energías y medios.

Por eso vemos que el culto al Sagrado Corazón de Jesús, que se había propagado en el mundo católico occidental, advertía diferentes aspectos que la piedad de este siglo requería: un fervor reparador y apostólico, tal como lo había sentido la Edad Media. El culto al Corazón de Jesús se quería expresar tal como se había desarrollado dentro de los muros de los conventos de la Visitación, inspirando con sus llamaradas y sus llagas el amor de reparación, la penitencia expiatoria, exaltando el carácter humano, siguiendo a Rogier, casi carnal, de la piedad hacia el Hombre-Dios. A todo esto se añade, para que resulte más atractivo a todo un sector del pueblo devoto, el uso que habían hecho del

emblema del Sagrado Corazón los habitantes de la Vendée sublevados contra la Revolución. En este sentido adquiere más importancia el reconocimiento oficial por parte de León XIII en 1899 del culto y del estandarte del Sagrado Corazón, que sería utilizado en varios movimientos de defensa del catolicismo alrededor del mundo.

El contenido de la fórmula de consagración individual al Sagrado Corazón de Jesús elaborada por Pío IX junto con algunos miembros de la Compañía de Jesús, en 1875, expresaba con claridad tres aspectos claves de la respuesta de la jerarquía católica romana frente a la irrupción de la sociedad moderna: un rechazo radical por su pretensión de limitar el espacio de acción de la Iglesia a la conciencia individual; una condena de los esfuerzos de algunos pensadores católicos por conciliar su fe religiosa con el liberalismo y la voluntad de mantener el control eclesiástico sobre el mundo secular.

Otro hecho importante, que contribuyó a una mayor expansión del culto fue la aceptación en 1883, por la vigésima tercera Congregación General de la Compañía de Jesús en su decreto 46, de la misión de propagar el culto del Sagrado Corazón, ratificando así de manera oficial una adopción que en la práctica ya había sido aceptada desde hacia mucho tiempo. La formación de muchos clérigos educados en institutos jesuitas se ve así envuelta dentro de esta nueva espiritualidad impulsada por la Compañía.

Desde su fundación y hasta después de su expulsión de 1768 a 1807, los jesuitas crearon los colegios más importantes para estudios superiores y en donde se formaron muchos sacerdotes que más tarde formarían parte de la jerarquía eclesiástica principalmente en América Latina. Cuando la Compañía es restituida no sólo se le permite conservar sus antiguas propiedades sino que además inauguran nuevas instalaciones educativas en donde establecen en sus cursos la práctica de la devoción al Sagrado Corazón. La renovación del culto al corazón de Cristo se hará una vez más por la participación especial de algunos jesuitas, que en este momento traían los frutos de su larga experiencia en el destierro.

El proyecto católico, emprendido desde Roma, había iniciado un proceso de renovación interna por medio del fortalecimiento de la vida religiosa como camino para la restauración de la influencia eclesial en la sociedad moderna. Una de las principales consecuencias de la secularización fue la prohibición del

culto externo, por lo que la Iglesia tuvo que buscar los medios para continuar y preservar sus prácticas entre los feligreses. Con la prohibición total de las prácticas del culto externo se dispuso que se trabajara dentro de las dificultades impuestas, en la preservación y promoción de la devoción católica. La práctica del culto tomaba un nuevo valor ante las trabas impuestas y por el temor a que se viera disminuido, por lo que se hizo hincapié en el reforzamiento de los actos religiosos.

La religiosidad popular, en la medida en que estuviera alejada de la estructura eclesial y prescindiera de la presencia y sanción del clero, debía ser sustituida por prácticas que fortalecieran la relación de los fieles con la Iglesia. Se recomendaban devociones centradas en las figuras de Jesucristo y María: culto al Sagrado Corazón, asociaciones eucarísticas y comunión frecuente, devociones marianas y rezo del Rosario. Estas devociones, estaban ligadas a la vida sacramental, requerían de la presencia del clero e impulsaban a los fieles a sujetar su conducta moral a normas sancionadas por la Iglesia.

En sus intervenciones y documentos León XIII abandonó el tono de condena, elaboró propuestas y buscó ampliar el campo de acción de la Iglesia. Por un lado, aprovechó los esfuerzos de renovación teológica de la Compañía de Jesús y utilizó el tomismo como herramienta para definir el pensamiento de la Iglesia con relación a la autoridad política, la libertad, el Estado y el trabajo. Por el otro, impulsó un programa de reconquista del mundo para restablecer la influencia de la Iglesia en la sociedad y la política.

León XIII al dedicar la humanidad al Sagrado Corazón ampliaba el alcance de la fórmula de consagración de su predecesor. Si bien reiteraba la condena a la impiedad y apostasía del mundo moderno, al incluir a la humanidad entera y no sólo a colectividades católicas como en el pasado, afirmaba la soberanía de Cristo sobre creyentes y no creyentes y su voluntad de restauración católica. Además, invitaba al pueblo a unirse a la Iglesia en el esfuerzo por reformar los principios católicos en las nuevas sociedades.

En relación con la representación artística de la devoción se dieron a conocer varias prescripciones eclesiásticas. En 1877 se establecía que la imagen del corazón de Jesús tendría que representarse en medio de llamas o rayos, con la herida y rodeado horizontalmente de una corona de espinas y rematado por una cruz en medio de llamas. No estaba permitida la representación del Sagrado

Corazón sin que el corazón sea visible. Con respecto a la veneración pública en los altares, el corazón tenía que estar unido a la figura de Cristo y aparecer como cosa principal, y tener relieve; corresponder a las proporciones de la imagen y estar colocado en la forma descrita (cruz, llaga, corona de espinas) sobre los vestidos y sobre el pecho. La costumbre de colocar el corazón en la mano de Cristo no era recomendable, pero no estaba estrictamente prohibida. No se permitía colocar en los altares la representación del corazón solo, separado de la figura del Redentor; se permitía sin embargo en objetos de devoción privada, y como ornamentación de toallas de altar, antependios, etc.

Pero la consagración de la humanidad al Sagrado Corazón de Jesús en 1899 no sería el fin de esa serie de cambios que hemos visto a lo largo de la historia de su devoción. Muy pronto la devoción al Corazón de Jesús se afianzó entre los fieles por representar una esperanza de paz y prosperidad en las naciones en conflicto. La jerarquía eclesiástica y algunos miembros de la Compañía de Jesús desarrollaron un nuevo discurso centrando su atención en la figura de Cristo tal como la concebía la Iglesia primitiva, el Rey divino sentado en el trono a la diestra del Padre para volver “en la consumación de los tiempos, con poder y majestad”.

La Iglesia primitiva colocaba la figura de Cristo en lo alto del ábside de las basílicas. La imagen clásica de la *Magestas Domini* era la enunciación de la venida del Rey divino al trono del altar en el misterio de la misa. A lo largo del siglo XIX dirigentes y teólogos católicos fueron construyendo, retomando conceptos de la Iglesia primitiva y de la Edad Media, la imagen de un Cristo con aspecto humano, rodeado por los elementos de la Pasión y el misterio eucarístico que pretendía recordar el amor del Hombre-Dios y el deber de los hombres de retribuirle con el reconocimiento de su realeza.¹⁶ De esta forma se constituiría sobre la imagen del Sagrado Corazón de Jesús la imagen devocional de Cristo Rey.

Concluyendo, la primera coronación de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús – en la ciudad de Morelia, Michoacán, México en el año de 1913 – representa el fin de una serie de cambios en la historia de la devoción. Como vimos esos cambios se vieron reflejados tanto a nivel figurativo como discursivo en la medida que fue necesario para los intereses de la institución eclesiástica. Y es que la imagen y devoción del Sagrado Corazón de Jesús a diferencia de otras

devociones es esencialmente una devoción de creación institucional. Las transformaciones simbólicas de la imagen y devoción se dieron en función de las necesidades religiosas y políticas de la Iglesia católica.



Escultura coronada del Sagrado Corazón de Jesús.
Principios del siglo XX.

Bibliografía

- ANCILLI, Ermano. *Diccionario de espiritualidad*. Tomo I. Barcelona: Herder, 1987.
- ANGUITA Herrador, María del Rosario. La temática eucarística, su situación en Jaén. *Cuaderno de arte e iconografía*, Tomo VI, noviembre de 1993, disponible en <www.fuesp.com/revistas/pag/cai1133.htm>, acceso en 03/09/2010.
- BACZKO, Bronislaw. *Los imaginarios sociales*, memorias y esperanzas colectivas. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1991.
- BALANDIER, George. *El poder en escenas*, de la representación del poder al poder de la representación. España: Paidós, 1994.
- BÁEZ-JORGE, Félix. *La parentela de María*, cultos marianos, sincretismo e identidades nacionales en Latinoamérica. Xalapa Ver., México: Universidad Veracruzana, 1999.
- BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, Sagrada Biblia. España: BAC, 1962.

CORREA Etchegaray, Leonor. El corazón, dos representaciones en los mundos científico y religioso del siglo XVII. *Historia y Grafía*, núm. 9, UIA, México, 1997, p. 91-122.

CHARBONNEAU-LASALLE, L. *Estudios sobre simbología cristiana: iconografía y simbolismo del Corazón de Jesús*. Barcelona: Editorial Unánime, 1983.

ESTUDIOS TEOLÓGICOS SOBRE LOS SDOS. CORAZONES/SOCIEDAD TEOLÓGICA DE LOS SAGRADOS CORAZONES. Vol. I. La iconografía del Sagrado Corazón de Jesús. Madrid: COCUL, 1958.

GRAEF, Hilda. *Historia de la mística*. Barcelona: Editorial Herder, 1970.

HANI, Jean. *El simbolismo del templo cristiano*. Traducción de Jordi Quingles. España: Sophia Perennis, 1997.

LACORTE, Jean-Yves. *Dictionnaire critique de théologie*. France: Presses Universitaires de France, 1998.

LEÓN XIII. *Tametsi Futura*, noviembre 1 de 1900. Disponible en: <<http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/cp3.htm#qh>>, acceso en: 05/09/2010.

MÉNDEZ Plancarte, Alfonso. *El Corazón de Cristo en la Nueva España*. México: Editorial Buena Prensa, 1951.

MOROTO, Daniel de Pablo. *Espiritualidad de la baja edad media*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2000.

ROGIER, L. J. *Nueva historia de la Iglesia*. Volumen 3. Madrid: Cristiandad, 1982.

SIGAUT, Nelly. La Influencia de la Iglesia en la producción figurativa. Texto inédito proporcionado por la autora, 2000, 39 pp.

T.A.M.G. *Verdadera práctica de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*. Barcelona: Librería Católica Internacional, 1912.

URRUTÍA, José Luis de. *Teología del Sagrado Corazón*. España: Editorial Apostolado de la Prensa, 1961.

VILANOVA, Evangelista. *Historia de la teología cristiana: prerreforma, reforma y contrarreforma*. Volumen 2. España: Herder, 1989.

YENVEUX, P. Oblato de María Inmaculada, capellán de Montmartre. *El reinado del Corazón de Jesús*; La doctrina completa de la B. Margarita-María, sobre la devoción al Sagrado Corazón. Prologo y versión castellana de la 2ª edición francesa, P. Luis Ma. Ortiz, S. J. Volúmenes I al V. Madrid: Razón y Fe, 1910.

¹ Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional de Estudios sobre la Imagen: la Imagen en el arte. UNAEM, Cuernavaca, Estado de Morelos, México, marzo de 2000.

² Para el sustento teórico de nuestros argumentos hemos recurrido a Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1991. En su propuesta de *El poder en escenas*, Balandier sugiere que la historia o “pasado colectivo” es construido como fuente de legitimidad del poder político en turno y que, por consiguiente, ese pasado “constituye una reserva de imágenes, de símbolos, de modelos de acción” que son usados para reforzar el poder (Balandier, 1994, p. 19).

³ “Los símbolos eucarísticos son muchos y muy variados, pudiendo enumerar: el Cordero, el Carnero o la Oveja, que aparecen ya formando parte de algunas prefiguraciones eucarísticas como el Sacrificio de Isaac o el del Cordero Pascual previo a la partida de Egipto. Significando

inocencia y sacrificio, se identificó rápidamente con la figura de Cristo víctima inmolada. Otros símbolos son: el Pez, uno de los signos cristianos más antiguos, viniendo a ser la imagen de Cristo debido a las letras que forman dicho término en griego, y apareciendo también en otra prefiguración eucarística como es el Milagro de los Panes y los Peces; el Ciervo bebiendo el agua de la fuente, como el fiel calma su sed con la Eucaristía; el Sol – a veces con el anagrama de Cristo JHS – y sin obviar la estructura formal del elemento más importante de los expositores y custodias, al que también hace una clara referencia el círculo solar; las Espigas, el Pan, la Vid, las Uvas o el Vino son los elementos eucarísticos que se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo sacrificado por la salvación de todos. A todos éstos habría que añadir la Leche, que en los primeros momentos fue emblema eucarístico; el Pelicano, ave que alimenta a sus hijos abriéndose el pecho como Cristo se da en comida sacrificial; o las letras Alfa y Omega, que representan a Dios como principio y fin de todas las cosas. También la Cruz y los Atributos de la Pasión (clavos, martillo, lanza, esponja, látigo, túnica sagrada, corona de espinas, dados o jarra) son representaciones del sacrificio de Jesús, así como los Evangelistas, el Tetramorfos y las Virtudes (concretamente la Fe suele aparecer con un cáliz en la mano). La Custodia y el Cáliz (con la Sagrada Forma o sin ella) son tal vez los mejores símbolos de la Eucaristía” (Anguita Herrador, 1993)

- ⁴ Correa Etcheagaray explica los significados científicos y espirituales que se manejaban en la Nueva España del siglo XVII (Correa, 1997, p. 91-122).
- ⁵ El Padre Oblato Yenveux, menciona que las primeras representaciones simbólicas del Corazón de Jesús se encuentran en las mismas catacumbas: “...nos ha parecido necesario dar un ligero resumen de la historia de las varias representaciones que, desde el Calvario, ha servido para perpetuar entre los hombres el recuerdo del corazón de Jesús abierto por la lanza y para excitar a los cristianos a amar a este Corazón...”. Señala como las primeras manifestaciones simbólicas del corazón sagrado: “La fuente de la Roca de Horeb; el árbol de la vida; otro símbolo que se encuentra muchas veces en las catacumbas es un vaso, colocado en medio de un florido jardín y rodeado de palomas, que apagan allí su sed, las Samaritanas” (Yenveux, 1910).
- ⁶ De acuerdo con el evangelio de San Marcos, el corazón de Jesús fue perforado por la lanza que el soldado romano Longinos infringió en el costado de Jesús al momento de su muerte, de ella sale agua y sangre, símbolos del Bautismo y de la Eucaristía.
- ⁷ “Constantino hizo caer los velos simbólicos que servían para sustraer nuestros santos misterios al conocimiento de los enemigos de la fe cristiana, y la Cruz fue enarbolada triunfante. Al pie de este Lábarum de salvación, desde el cuarto hasta el sexto siglo, se representaba, de ordinario, a Nuestro Señor, ya bajo la imagen de un Cordero, de pie sobre una montaña, alta la cabeza y de ordinario con una herida a un lado, o ya bajo la del Buen Pastor llevando una oveja que descansa amorosamente su cabeza sobre el Corazón divino. [...] En el siglo séptimo aparecieron los primeros crucifijos y las primeras representaciones de la Crucifixión. En los Crucifijos de esta época llama la atención, especialmente, la ancha herida del Costado divino. En la escena de la Crucifixión, el artista concede notable importancia a la lanzada. El arma del soldado penetra tan profundamente en el Costado, que el hierro desaparece. En diversas miniaturas del siglo noveno, Longinos saca la lanza; brota la sangre de la herida, y al lado del soldado se encuentra la Iglesia, o bien un ángel, otras veces Adán, recogiendo en un cáliz la sangre divina. En otras miniaturas la Iglesia está sola, llevando la lanza y los clavos, en presencia del Salvador suspendido de la Cruz. No es raro ver a la misma Santísima Virgen, de pie ante la Cruz, que contempla con amor el Costado de su Hijo, de donde sale un cuchillo que viene á atravesar el Corazón de la Madre. [...] En el siglo XIII, continuando la representación de las escenas de los siglos precedentes, se dedicaron la escultura y la pintura a traducir con el cincel y pincel las enseñanzas de los santos Padres respecto a Eva, considerada como figura de la Iglesia. Representan a ésta que sale del Costado de Jesús crucificado, como Eva del costado de Adán. Después de aquella época, El Pelicano, desgarrándose el seno para alimentar a sus polluelos, se encuentra muchas veces junto al Crucifijo”. Yenveux, 1910, p. 126.
- ⁸ “...pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua” (NT, San Juan 19: 34 en Biblioteca de Autores Cristianos, Sagrada Biblia, 1962, p. 1127).
- ⁹ Los jansenistas lo criticaban por dirigirse al corazón carnal y por ser una devoción nueva que podría crear una confusión entre los feligreses. Argumentaban que se trataba de un culto idolatrado a un órgano carnal y reforzaban la tesis del nestorianismo, es decir, la creencia en la división de dos amores en una sola persona, tampoco compartían la defensa católica que lo unía a la persona de Cristo y que consideraba que es “el corazón emblema el que debe presentarse a los fieles no el de carne”. *Ibidem*, pp. 203-216.
- ¹⁰ El significado teológico y ascético de los elementos descritos por Margarita Alacoque es el siguiente: las llamas significaban la abundancia de tesoros cuya fuente es el Corazón Sagrado, los instrumentos de la pasión que le rodean indicaban que el intenso amor que ese divino Corazón

tiene a los hombres fue el origen de todos los tormentos y humillaciones que quiso sufrir por los hombres. La corona de espinas simboliza las heridas que le causan los pecados humanos. La cruz que le domina indicaba que, desde el primer instante de su Encarnación, Jesucristo sabía los tormentos por los que pasaría (T.A.M.G., 1912, p. 65-66).

¹¹ El presbítero Alfonso Méndez Plancarte encuentra que desde el siglo XVI se hace alusión a la imagen del Corazón de Cristo (Méndez Plancarte, 1951).

¹² A finales del siglo XVIII (1798), el padre jesuita Picot de Cloriviere, crea dos congregaciones clandestinas, la Sociedad del Corazón de Jesús para hombres y las Hijas del Corazón de María para mujeres. Casi al mismo tiempo, dos sacerdotes franceses emigrados, Tournely y Broglie, creaban una Sociedad de Sacerdotes del Sagrado Corazón, cuya finalidad era revivir el ideal ignaciano (Rogier, 1982, p. 410).

¹³ Principalmente en Bressuirais, el decreto del 27 de mayo de 1792, que condenaba a la deportación a todos los sacerdotes que se hubieran negado a prestar el juramento cismático, causó los primeros disturbios (Charbonneau-Lasalle, 1983, p. 29).

¹⁴ El primer estandarte de estas luchas conocidas con el nombre de “Guerras de Vendée”, fue una bandera blanca, con las armas reales en centro y la aclamación: VIVA EL REY añadida durante la guerra. (Charbonneau-Lasalle, 1983, p. 30).

¹⁵ En la primera mitad del siglo XIX el protestantismo inició una nueva lucha por tener una mayor presencia en países como la Gran Bretaña, Prusia, Suecia, Suiza, Holanda, Estados Unidos y extender su doctrina a nuevos territorios en Asia, África y América Latina.

¹⁶ Véase León XIII, *Tametsi Futura*, noviembre 1 de 1900, disponible en: <<http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/cp3.htm#qh>>, acceso en: 05/09/2010.

Recebido em 20/11/2009, revisado em 24/03/2010, aceito para publicação em 28/04/2010.